

## RUINAS DE ALMERGE

AL margen de La Clamor, que discurre recogiendo las aguas del término de Peraltilla y Fornillos (Huesca), a una distancia media entre ambos pueblos y de su lado derecho y enfrente de Laluega y dentro de su mismo término municipal, están enclavadas unas ruinas que son dignas a nuestro entender de atención por parte de los aficionados a la Arqueología. Están constituidas por sillares, generalmente bien encuadrados, unos diseminados por la ladera de un collado, otros formando hileras que enmarcan solares cuadriláteros bien definidos, y otros, en fin, colocados aún en sus legítimos puestos y formando trozos de murallones, que en parte subsisten. Todas estas ruinas están esparcidas en un espacio como de 100,000 m<sup>2</sup>, en un paraje que se halla bordeado hacia su lado Norte y Oriente por la dicha Clamor, hacia el Mediodía por un barranco que, viniendo de sol poniente, desemboca en dicho riachuelo; y hacia Poniente, por depresiones suaves del terreno, que es por donde tuvo su natural entrada el poblado.

Toda esta extensión se encuentra alfombrada por abundante cerámica, pero tan desmenuzada, que impide reconstruir ningún ejemplar. Se adivinan, con todo, recipientes de ancha base a modo de páteras, otros de cuello estrecho a modo de ungüentarios (o *oenokoi*) y, por fin, ánforas o tinajas de gruesas paredes y resistentes asas. Esta abundancia de cerámica desconcierta aun más por cuanto es de muy diversos tiempos; pero en su mayor parte, y esto es lo interesante, es de factura y técnica antiquísima.

Abundan sobre todo los restos de la elaborada sin torno, y en uno de cuyos lados puede aún adivinarse el moldeado, que en ella dejaban los dedos, sumamente delgada y de material granuloso y arenisco y de color negro, aunque contiene multitud de partículas blancas de feldspatos y cuarzos, que debieron de obrar en su cocción como emolientes. Es en su mayor parte lisa, pero excepcionalmente se encuentran trocitos de *sigillata* e *incisa*, por lo que no creo sea aventurado clasificarla como eneolítica.

Si la sola inspección del terreno superficial hace remontar la imaginación a épocas antiquísimas, el conjunto del terreno sorprende aún más y nos hace soñar en tiempos guerreros o de conquista, a causa de

su conformación escarpada y escalonada. ¿Estamos en uno de esos casos, hoy ya tan frecuentes en nuestra península, de romanización primeriza y guerrera de un antiguo poblado ibérico? El sitio, en efecto, en un recodo, que forma allí La Clamor, se presta a la seguridad; y los dilatados campos, que se extienden por Poniente, bien merecían un punto de apoyo y resguardo para las águilas del Imperio.

Por lo que hace a su iberismo, merecen mencionarse unas rocas desnudas y con escalones profundizados en ella, que facilitan el acceso a su cumbre o cresta, donde no hay más superficie que la que pueden ocupar seis personas o algún cadáver.

Por uno de sus lados desciende una ranura, a manera de canalito, que va a parar a una balsa o balsín de muy poca profundidad. ¿Está allí para recoger el agua menguada, que pudiera dar la roca, los días de lluvia? ¿Es una piedra de sacrificios al estilo de las de Gironda, Mayoralgui de Vargas, o de las de Ulaca y Monreal de Ariza o de la piedra Mongás? El caso es interesante, porque estas ranuras artificialmente practicadas se repiten en otros muchos lados de este recinto.

Por frente de dicha roca, pero más en alto y a corta distancia, se encuentra un altozano amurallado en todas sus partes con sillares bien labrados y rejuntados con una argamasa característica de constitución grosera y en la que abundan trozos de yeso sin deshidratar a causa de su incompleta cocción. Suponen, por tanto, aquellas murallas una técnica mucho más primitiva que la que distingue a las paredes de una ermita románica, que está muy próxima, y en la que aun pueden verse sus arcos abocinados, sus bandas lombardas y sus capiteles románicos, que no tiene más adorno que una concha de peregrino (el *pecten iacobeus*) y que, al lado de su hermoso ábside románico, nos hace pensar en los primeros templos que en esta región recién conquistada a los mauritanos edificaría nuestro Rey Pedro.

Aquel altozano amurallado y que pudo ser, tanto como una estrecha ciudadela, un templete delante de la piedra sacrificial (caso de que lo fuera), aun conserva por la parte en que hubo de tener su entrada una piedra agujereada a la manera característica de las que sirven para recibir un cerrojo u otra cerradura.

Separadas por una pequeña depresión, que forma un pequeño vallecico, existe una altura rocosa, donde en el centro de una fila de sillares se encuentran alineados tres silos con boca cuadrangular y en su interior configurados en forma de tinaja, al modo de los de Olérdola en su parte superior, porque nada se ve de la inferior, llena de tierras, arbustos y piedras que los rellenan y no permiten adivinar su verdadera figura. No parece pudieran servir de cisternas en el sitio en que se encuentran, lo más alto de la roca, y porque los canalines, de que están

rodeados, sirven más que para recoger las aguas, para desviarlas. Choca su disposición ternaria, que vuelve a repetirse en otros que dentro del recinto, que vamos describiendo, se encuentran.

Es frecuentísimo el topar con explanaciones como de unos 10 m<sup>2</sup> excavadas en las rocas y que hacen pensar en solares o chozas para viviendas, pero de las que no hay residuo alguno ni siquiera una sola piedra que permita corroborar su verdadero objeto. Estas mismas excavaciones cuadriláteras, cortadas en los declives de las rocas, las he visto también en lugares próximos, como Fornillos y Castejón del Puente, de la misma suerte que los canales de unos 10 c. de ancho por unos 6 de profundidad y con sus balsines de 5 c. de fondo, y que no parece tuvieran la finalidad de recoger aguas, porque suelen tener siempre practicada una salida de unos 8 dedos de ancha. Débil ciertamente indicio de una misma cultura, pero que se robustece un tanto al lado de la cerámica negruzca lisa, que se suele encontrar en estos parajes y de las lascas de sílice, admirable y perfectamente trabajadas y dentadas, que he encontrado y que nos sugieren la idea de pueblos agrícolas, que las empleaban en la recolección de las mieses o en otros menesteres. Es típico que en esta tierra se continúe empleando aún el trillo armado de lascas de sílice en su parte inferior.

Los naturales acuden todos los años por costumbre inmemorial al sitio de la ermita con su sacerdote y allí rezan un responso. Esto indica que por allí cerca debió de haber alguna necrópolis o cementerio, del que ahora no hay noticia ni se conoce el lugar de su emplazamiento.

Me habló uno de los sacerdotes, cuyo nombre siento no recordar, de escritos en que aparecía Almerge como poblado y sitio de residencia de un señor que tenía ciertos privilegios sobre los habitantes de los pueblos de alrededor y de los que no formaban parte sus tierras. ¿Se trataba de algún señor feudal, que tuvo allí su castillo, del que ahora son restos exiguos los sillares esparcidos por todos lados? No sería de extrañar; porque de otros castillos, de que nos hablan los documentos de la región, no tenemos ya ni memoria, pues perecieron en las enérgicas medidas con que nuestro Rey Fernando el Católico combatió el bandolerismo. Ejemplo característico de esto lo tenemos en el mismo Barbastro, en que se levantaba el castillo de los Entenza y que existió hasta el Rey Católico, y del que no nos queda recuerdo sino en los documentos de la ciudad y del que se ocupan en la relación de revueltas de sus habitantes, y lo mismo sucede con el de Clamosa, que fué refugio de bandas de hasta 100 bandoleros, que depredaban toda la alta montaña y los alrededores de Barbastro, a la que más de una vez intimidaron, y del que sus habitantes no guardan la más mínima idea. Tan absoluta y radical fué la demolición verificada por nuestro Rey Católico.

¿Sucedió algo parecido con el de Almerge? Esto significaría que Almerge fué habitado, si no sucesivamente y de una manera continua, sí de una manera discontinua a través de muy diversas épocas y tiempos, lo que parece confirmar la variedad de su cerámica. Hasta ahora no han aparecido monedas que vengan a corroborarlo. Las ruinas dan también impresión que además de la fortaleza debió de existir allí algún pequeño poblado.

Llama la atención, además de sus murallas, el primitivismo de otras obras, en que se adivina la mano del hombre, tanto cuando se trata de viviendas, en que han quedado las huellas de las vigas descansando sobre los escarpes, y que sostenían su primitivo tejado, como en los restos de paredes monolíticas, tajadas a pico en la misma roca, que fué convertida en pared exenta la lateral por la mano bruta del hombre.

En toda la extensión, alfombrada de cerámica, es mucho el declive; por lo que ha tenido que ser grande el corrimiento de tierras; pero no así en el mediodía, en donde los escalones naturales fueron reforzados por murallones de aspecto ciclópeo que, al mismo tiempo que impedían el acceso a lo alto, impedían también el corrimiento de las tierras. Hacia esta parte, fuera porque su cerámica era producto de las excavaciones o por otra causa, varía un tanto ésta y abunda más la rojiza.

Si por las señales, que he ido reseñando, cabe abrigar fundadas sospechas que se trata de un lugar de prehistoria ibérica, su cerámica nos hace también de algún modo clasificar el matiz de su iberismo. Parte de la cerámica que allí encontré, es del mismo tipo que la de la «Villa de Pan» en la provincia de Lérida, excavada por el señor Paniella <sup>1</sup>. Comparadas, aparecen del mismo color y factura, pero sobre todo de idénticas formas, tanto que se pudieran tomar como hermanas de un mismo taller.

Ni en el recinto ni a distancia de él se encuentra agua. Pasa, con todo, abajo, al pie de la colina, el riachuelo de La Clamor, que la lleva todo el año; mas el fondo de La Clamor es de cañaveral tupido, que hace impropias para la bebida sus aguas una gran parte del año. Pero esta vegetación ¿existía ya con anterioridad a los romanos? ¿Pudo ser cultivado su cauce en que ahora tan exuberantes prosperan las cañas? Hago esta pregunta, porque no sería de extrañar que el mismo nombre de Clamor sea romano y venga de *calamus* y luego el *calamorus* del pueblo fuera convertido por el habla del país en *Clamor*. Un poblado no puede subsistir por mucho tiempo sin agua, y quizás por unas causas o por otras, al hacerse impropia para la vida el agua de La Clamor, tuvieron que desaparecer sus habitantes. Aun ahora una parte del año son potables.

En el Almerge estamos, por tanto, ante un curioso interrogante.

¿Hay allí en realidad ruinas ibéricas? ¿Hay allí también ruinas romanas? ¿A qué tanta abundancia de cerámica? ¿A qué tanta abundancia de cerámica primitiva? ¿Fué un sitio de concurrencia en algunos determinados días del año? ¿Fué un poblado en que su fuerte posición, con relación a la de los demás pueblos, le consintió dominarlos por algún tiempo? ¿Fué santuario ibérico, que, como tantos otros, vió las terribles escenas de los sacrificios humanos?

*Nueva España* trajo la noticia de que se había formado en Barbastro, de la que dista tan sólo unos 6 kilómetros, una peña de amigos amantes de la cultura, y que se aprestaban, una vez conseguida la competente licencia, a practicar algunas excavaciones, que pusieran de manifiesto lo que dichas ruinas pudieran encerrar. Les deseamos desde estas columnas el más resonante éxito, que les sirva de estímulo para otras empresas igualmente gloriosas.

AMBROSIO SANZ

1. Véase «*Archivo Esp. de Arq.*», n.º 68, pág. 208, fig. 80.

